

Eric Walz

LA CORTESANA
DE ROMA

algaida
eco

Título original: *Die Hure von Rom*
Este libro fue negociado a través de Ute Körner Agent, S.L.,
Barcelona – www.uklitag.com

Die Hure von Rom by Eric Walz, 2008
© 2008 by Blanvalet Verlag
A division of Verlagsgruppe Random House GmbH, München,
Germany
© de la traducción: Patricia Losa, 2010
© de esta edición: Algaida Editores, 2013
Avda. San Francisco Javier 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
Composición: Grupo Anaya
ISBN: 978-84-9877-861-8
Depósito legal: SE-4585-2012
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

Prólogo	11
Primer día	13
1	15
2	25
3	47
Segundo día	51
4	53
5	57
6	95
7	111
8	129
9	139
10	157
11	189
12	197
13	201
Tercer día	215
14	217
15	227
16	247

17	257
18	265
19	283
20	303
Cuarto día.	305
21	307
22	321
23	335
24	343
25	369
26	371
27	385
28	401
29	413
Último día.	425
30	427
31	447
32	453
33	473
34	479
35	491
36	515
37	533
38	541
39	545
Epílogo	551

Para René

PRÓLOGO

Roma, en la tarde del 10 de abril de 1552

—**P**ADRE, PERDÓNAME, PORQUE HE PECADO.
El papa Julio III se arrodilló ante el altar. Se tambaleó. Dos velas situadas a su izquierda y su derecha arrojaban su resplandeciente luz sobre los frescos tras el altar de la capilla Sixtina, justo allí donde los muertos se alzaban de sus tumbas y los ángeles arrojaban a los condenados al abismo. Los tormentos del infierno centellearon.

—Padre, perdóname, porque he pecado.

Estaba solo en la oscuridad, y no únicamente porque no hubiera nadie junto a él, sino porque no sentía la presencia de ningún dios. A lo largo de los años se había dedicado a gozar y pecar con profusión, apenas había transcurrido alguna semana sin festejo, o algún día sin diversión. Los romanos, a escondidas, le llamaban el Papa Carnaval. Todos le veían como a un rey del ocio y el jolgorio, pero ninguno entendía que aquellos pueriles pasatiempos tenían como único objetivo hacerle olvidar los demonios que le rondaban. Ser Papa implicaba dominar las artes de la manipulación y las apariencias y, en consecuencia, las artes de la política, cuyo sustento y armazón eran, precisamente, el pecado. Por cada pecado, le torturaba un demonio. Así, eran cientos, miles de ellos los que le

daban caza cada noche: pecados inconfesables para un Papa, con los que intentaba vivir.

Los monjes podían confiarse a sus abades; los abades, a los obispos, y estos, a sus semejantes pero, ¿quién confesaba a un Papa? ¿En quién podía confiar?

Julio no confiaba en nadie, y mucho menos si era del Vaticano. Los papas que se habían relajado en cuestiones de precaución, casi siempre terminaban por pagarlo. Desde hacía dos años, desde que había salido elegido y había iniciado su pontificado, Julio no había vuelto a confesarse, al menos no de forma sincera, sino que se había confiado al único ser sobre la tierra en el que podía confiar. Sin embargo, hacía tiempo que aquella entidad no hablaba con él, ya no tenía nada que decirle. Por ello, la confesión de Julio no hallaba quien la escuchara, se extinguía en la nada, y él continuaba solo con sus demonios y cargaba con ellos como una cruz.

Sin embargo, aquel pecado, el último cometido, le era imposible de soportar. Le rodeaba, le cortaba la respiración, era un ser monstruoso surgido y nacido de una acción monstruosa. Necesitaba el perdón de Dios, aunque fuera solo aquella vez.

Las lágrimas le resbalaban por el rostro, las rodillas le dolían, el sufrimiento en la espalda era tan penoso que sentía que iba a partirse en dos en cualquier momento, y las manos le temblaban de frío. Susurraba la misma frase una y otra vez, y con cada repetición albergaba la esperanza de recibir el perdón de Dios.

Sin embargo, Dios no cambiaba de parecer.

Solo callaba.

PRIMER DÍA

Roma, la tarde anterior, 9 de abril de 1552

ERA LA CORTESANA DE ROMA. ERA LA REINA DE ROMA. Maddalena Nera era, desde hacía catorce meses, la amante del papa Julio III, una leyenda viva, célebre como una santa o una gran pecadora. Su ropero bastaría para hacer palidecer a la reina de algún país pequeño. La ciudad en la que había crecido y por la que había vagado, en la que había padecido el hambre y la miseria, se había postrado literalmente a sus pies.

Se encontraba en la terraza de su villa del Gianicolo, la colina occidental de Roma, con los brazos pálidos y esbeltos cruzados tras la nuca, y miraba en silencio el mundo ante ella como si fuera de su propiedad. La tarde cubría los muros romanos y el Tíber con la luz del ocaso, instantes pintados de cobre para la Ciudad Eterna. A la izquierda relucía el Vaticano, con la cúpula de la basílica de San Pedro a medio terminar, tan cerca que casi podía agarrarse con las manos, como un higo gigantesco y mordido. A la derecha, las restantes villas del Gianicolo y los pinos silvestres. Desde la terraza de Maddalena se podía contemplar toda Roma, un mar de tejados candentes bajo cuya superficie se desarrollaba la vida y se desencadenaba la lucha. Nada de todo aquello llegaba hasta allí arriba.

Maddalena, no obstante, conocía aquella vida, aquella lucha, y no la olvidaba ni por un instante. Aquella era la hora en la que los ancianos regresaban a casa con sus compras, arrastrando los pies desde el mercado, en que los jóvenes *ragazzi* se reunían como bandadas de pájaros en las plazas para después, desde allí, deslizarse a la oscuridad; en que los usureros cerraban sus negocios, hombres maduros de rostros enjutos se colocaban en las esquinas de las calles y se tocaban, las mujeres tendían la colada de las cuerdas extendidas sobre las aceras, las madres llamaban con gritos enojados a sus hijos para que volvieran a casa. Los mendigos desaparecían, los delincuentes se iban asomando.

Era la hora en la que la luz del día se mezclaba con la noche. Los esposos se encontraban con sus queridas; las esposas, con sus amantes; los piadosos, con la Sagrada Comunión; los asesinos a sueldo, con sus encargos; las familias, con su cena; los poetas, con su inspiración; las muchachas de buena casa, con un vestido nuevo de generoso escote. Toda una época, una determinada forma de entender la vida, encontraba su mejor expresión en aquella hora entre las seis y las siete, la hora cobriza de Roma, acompañada del sonido de las campanas. Una edad pecaminosa y vil que también hallaba su reflejo en ella, en Maddalena, y la joven era consciente de ello. Era la misma encarnación de Roma. Era su reina.

Bajo la luz ocre su rostro adquiriría una dulzura casi humilde de la que ya carecía en realidad. El rostro de Maddalena era pálido, un rostro claro y sin sombras, con ojos despiertos y fríos y enmarcado por el rubio ca-

bello de una venus. Siempre se movía lentamente. Sus gestos eran serenos y casi perfectos, cuidadosamente estudiados. Algunos escultores habían elaborado obras que lucían las facciones de Maddalena. Roma estaba llena de estatuas con los semblantes de sus predecesoras, las amantes de otros Papas, las queridas de Alejandro VI, Clemente VII y Pablo III. Aquellos rostros se ocultaban en las imágenes de antiguas diosas pero en ocasiones, en claro sacrilegio, también en las de alguna *madonna*. La mayoría de aquellas cortesanas eran de sangre aristocrática.

Sin embargo, Maddalena era la hija de un pescadero, y precisamente aquello había hecho de su ascensión una leyenda, pues era más sencillo convertirse en la amante de un Papa cuando se poseía un nombre reconocido y sangre azul, que cuando te perseguía el olor de la pobreza. Apenas quedaba alguien en Roma que no conociera su nombre, y apenas había algún embajador que no hubiera informado en la corte de su país de origen acerca de la existencia de una tal Maddalena Nera. La reina de Roma. Cuando se oía su nombre, el nombre de la hija de un pescadero, ya fuera en Westminster, en las Tullerías, en el palacio Ducal de Venecia o en el más que católico El Escorial despertaba la curiosidad, o la envidia, o el desprecio, o bien un profundo odio.

Por eso, la idea generalizada era que lo había conseguido todo en esta vida, que se había labrado un porvenir y no le quedaban más sueños por cumplir. Por eso, la idea generalizada era que ella ya debía ser feliz con lo que tenía.

Tras la caída de la noche llegó Porzia, y la melancolía de las horas pretéritas quedaron en el olvido. Pasaba por allí una tarde de cada semana, conversaba con Maddalena, traía algunas adivinanzas escandalosas con las que reían un rato, bebían dos o tres vasos de vino y después regresaba al Trastevere, el barrio romano del entretenimiento, el barrio de los parias, en el que estaban sus raíces.

Porzia disfrutaba particularmente hablando de los hombres.

—No los puedo soportar —decía Porzia—, no aguanto a esos hombres que son como las tartas: quebradizos y débiles por debajo y todo merengue por arriba.

Porzia se reía a carcajada limpia de sus propios chistes, como siempre, de forma sonora y grosera, como si surgiera de una jungla despiadada. Su aspecto y su voz eran más burdos que los de una verdulera, algo que, hasta la fecha, ni siquiera la influencia de Maddalena había logrado cambiar.

Mientras que Maddalena se limitaba a ser la amante de un solo hombre, el más importante de Roma o, según decían algunos, de todo el mundo, Porzia lo era de miles de hombres a los que no les interesaba su nombre, de la misma forma que a ella no le interesaban los suyos. Era una ramera callejera de faldas sucias y agujereadas. Entre ella y Maddalena distaba toda la jerarquía del mundo de las prostitutas de Roma. Había duras trabajadoras de la calle como Porzia, que por un sueldo miserable aguardaban en callejones oscuros para atender, de cuando en vez, a algún mercenario borracho o algún peón; había prostitutas

que trabajaban en lupanares dispuestos con sencillez, frecuentados por pequeños comerciantes y religiosos de rango bajo, así como otras que se desenvolvían en prostíbulos de más categoría. Y había otras diez o doce cortesanas en Roma, como Maddalena, que habían llegado a lo más alto y se habían convertido en las favoritas de personajes de elevada categoría. La distancia entre ambas mujeres era similar a la existente entre una moza de labranza y una princesa.

—A mí me es lo mismo —replicó Maddalena—. ¿Sabes que es para mí lo peor de todo? Que me acuerdo con frecuencia de todos y cada uno de los hombres con los que he estado, así, como si de repente me los lanzaran encima con una catapulta. Todos los que me han tocado y me han besado, aquellos a los que he besado y he tocado, se me presentan cada día, en espíritu, ante mí. ¿Sabes de alguien a quién le guste ver ante sí diariamente todos sus errores?

—Dime: el Papa, ¿también es un error? —preguntó Porzia con su habitual descaro. Era capaz, como en aquel momento, de encontrarse jugando ensimismada con los pendientes que se acababa de quitar, y en el instante siguiente estar formulando la pregunta más inapropiada—. En realidad, ¿cómo le llamas cuando estáis en la cama? ¿Santidad? ¿Julio?

A Maddalena no le solía agrandar hablar de él.

—No le gusta que le llame con su nombre de Papa —le explicó—. Le llamo Giovanni, que era como se llamaba cuando todavía era arzobispo. Giovanni Maria del Monte.

—¿Qué pasaría si de repente apareciera por la puerta? ¡Yo, la ramera de los marineros, frente al Papa!

Menuda broma —se palmeó el muslo por la risa—. Creo que me convertiría en estatua de sal aquí mismo.

—Hoy no vendrá —dijo Maddalena—. Su ayuda de cámara, Massa, anuncia su visita con antelación.

—¿Massa? ¿Es el que te...?

—Sí —repuso Maddalena, cortante. Quería dejar pasar aquel tema tan deprimente—. Créeme, Porzia, hay cosas más impresionantes que encontrarse frente al Papa.

—¿Como cuáles?

—Como encontrarse frente al amor verdadero, por ejemplo —hizo que a estas palabras les siguiera una mirada soñadora. Entonces, suspiró—. Quiero irme de Roma, tan pronto como sea posible. Algún día compraré un palacio en Venecia. Habrá arañas de cristal por todas partes, que relucirán con la luz de las velas.

—Hace tiempo que ya tienes eso.

—Esta villa no me pertenece, solo me dejan vivir aquí. Yo lo que quiero es ser independiente y que nadie me diga lo que tengo y no tengo que hacer. Nada me importa más que ese objetivo, y todo lo que hago, lo hago para conseguirlo. He iniciado algunos tratos...

—¿Traicionas al Papa con otros hombres? —preguntó Porzia, preparada para estallar en una de sus crudas carcajadas.

—Me refiero a tratos comerciales, de los que producen dinero —le corrigió Maddalena.

—Ah, ya entiendo —Porzia guiñó un ojo—. Chantaje, ¿no?

Maddalena no se sorprendió de que Porzia pensara rápidamente en un chantaje, pues aquel era el sobre-

suelo más lucrativo de las prostitutas de Roma... pero también el más peligroso. La extorsión era una provocación con muchas posibles reacciones.

Maddalena evitó la pregunta.

—Lo conseguiré, ya lo verás. Ya he logrado asombrar al mundo entero, y hay quien no lo ha aceptado demasiado bien —«sobre todo los hombres», pensó, mientras dirigía una prolongada mirada a su amiga.

Maddalena pensó, asombrada, en lo diferentes que eran ellas dos. Bajo los ojos de Porzia colgaban dos bolsas tan oscuras como su rizado y salvaje cabello. El tono brillante y moreno de su piel le daba un aspecto vulgar. Porzia era la misma encarnación de una ramera, y Maddalena nunca se habría relacionado con ella si no hubiera sido por sus ojos, aquellos ojos que escondían una profunda tristeza. Bien es verdad que Porzia siempre se comportaba como si los sentimientos fueran algo que realmente existiera, pero con los que nunca se hubiera topado, como una especie de animal exótico, quizá un elefante. Sin embargo, Maddalena podía sentir que no era así, que había algún tipo de pesadumbre que Porzia guardaba para sí. Sus ojos no mentían. Entonces, cuatro meses atrás, habían sido aquellos ojos los que habían llamado la atención de Maddalena. Bien es cierto que casi todas las prostitutas tenían un pasado triste, que les abocaba a un presente igualmente triste, pero la crueldad y la frialdad del mundillo endurecía y transformaba a estas mujeres, de tal forma que no tardaban en convertirse en seres egoístas y calculadores, algo que podía reconocerse de manera infalible en sus ojos.

Porzia era lo más lejano posible a una persona calculadora. Nunca aceptaba nada de Maddalena, ni un regalo, ni un favor, y nunca los pedía, aun cuando podría merecerle la pena. Mantener una buena relación con la querida del Papa, prácticamente la reina de Roma, podía abrirle a cualquiera las puertas de las casas más ricas, aunque fueran solo las puertas de atrás. Tener a Maddalena como intercesora suponía ascender, y en los últimos catorce meses no habían sido pocas las prostitutas que habían intentado amigarse con Maddalena, si bien ella sabía que cualquiera de aquellas mujeres la destronaría con gusto si se les presentara la oportunidad. Porzia, por el contrario, no hacía ningún tipo de uso de la influencia de su compañera. Parecía sentirse bien acomodada en su vida en medio de la miseria. En ocasiones, Maddalena se planteaba si Porzia sufriría algún tipo de adicción, si sería adicta a la inmundicia. Sin embargo, era mucho más probable que fuera una influencia considerablemente más sencilla la que maniataba a Porzia, un proxeneta que pagara a sus mujeres a cambio de sus servicios. Algunos proxenetes controlaban a una sola mujer, otros a una veintena. El vínculo con uno de ellos era vitalicio e imposible de romper una vez forjado, pues solo intentarlo podía conllevar letales consecuencias. ¿Acaso era aquella la razón de la tristeza de Porzia?

Maddalena pensaba, no sin amargura, que su amiga y ella no eran, en el fondo, tan distintas. Por supuesto su cautiverio era lujoso y bien pagado, y además únicamente debía plegarse a los deseos de un solo hombre. Lo importante, no obstante, era que ella tampoco podía marcharse cuando quisiera. Julio no lo permitiría.

La seguiría, y era el hombre más poderoso de Italia, por lo que ella tendría que marcharse a algún lugar donde él no tuviera ningún poder, como a Inglaterra, por ejemplo, o no lograría hallar la paz. Había un hombre que realizaba ciertos trabajos para la Santa Sede, trabajos poco cristianos. En una ocasión, estando borracho, Julio le había hablado de aquel hombre y de lo perfecto que era su camuflaje. En su ebriedad había llegado a llamarle «el Ángel de la Muerte». Nadie conocía su identidad, y quien lo hiciera, fuera hombre o mujer, no viviría lo suficiente como para poder traicionarlo. Julio enviaría a aquel hombre tras ella, como si fuera un perro de presa.

Maddalena y Porzia siguieron conversando un rato sobre cuestiones inofensivas hasta que ésta última se despidió y marchó a cumplir con su cometido de meretriz. Como siempre que Porzia se iba, Maddalena se sintió sola y deprimida, y durante un momento permaneció en la terraza contemplando la oscura llanura a sus pies, en la que relucía, aquí y allá, el resplandor de las antorchas, como el reflejo de las estrellas en el océano. Pensó en sus más ardientes deseos: en la villa veneciana, en una vida libre, en el amor... Sobre todo en el amor, en el amor pasado y en el venidero.

Pensó en Porzia. La reina pensó en la mendiga, en sus ojos, tristes y maravillosos, en la alegría que llevaba a su vida, que no podía comprarse únicamente con una posición social y con dinero.

Finalmente, suspiró. Había iniciado un plan, y una vez reinaba la oscuridad, era el momento de ponerse manos a la obra. Se echó encima un manto oscuro, y marchó, rumbo a la noche.